

Ruud Lubbers, Los Países Bajos. Un ensayo temático sobre el enfoque y globalización preventivos en lo relativo al Principio 6

La transición de economía a ecología



Ruud Lubbers es Comisionado de la Carta de la Tierra y miembro activo del Comité Directivo. Es economista y fue Ministro de Asuntos Económicos (1973-1977) de los Países Bajos; de 1982 a 1994 se desempeñó durante tres períodos como Primer Ministro. Desde entonces, ha trabajado como Profesor de Globalización de la Universidad Católica de Brabant y Profesor visitante de la Escuela Kennedy de Gobierno de la Universidad de Harvard en los Estados Unidos de América. Fue Presidente del Fondo Mundial para la Naturaleza (WWF, por sus siglas en inglés). Más recientemente, Ruud Lubbers ocupó el cargo de Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (2001-2005).

En la década de 1960, yo vivía, como hasta ahora, cerca del río Maas en mi ciudad natal de Róterdam. Su puerto se convirtió en uno de los más grandes del mundo, suministrando y exportando productos desde el centro de Europa al resto del mundo y viceversa. A su alrededor, la industria química se desarrollaba velozmente. Los Países Bajos prosperaban, pero llegué a comprender que eso tenía su precio. El vecindario también cambiaba aceleradamente. En mi juventud, podía ver zorros en las praderas; ahora ya no había ni peces en el río. Solía jugar en el jardín con mis dos hijos pequeños, desde donde podíamos oler los químicos en el aire y dibujábamos con los dedos sobre el polvo negro que se acumulaba en la mesa. ¡El río estaba tan contaminado que se podrían revelar fotografías en él!

En este momento fue que empecé a preocuparme, como padre de familia joven y como hombre de negocios. La ciudad estaba económicamente bien y se estaba expandiendo con el crecimiento del comercio internacional, pero algo tenía que cambiar en cuanto a su impacto ambiental. En 1971, la lectura del libro *Limits to Growth* (Los límites al crecimiento) del Club de Roma reforzó mis ideas. Este informe estaba enfocado hacia las tendencias globales y miraba la economía y la ecología desde una perspectiva más amplia y de primer orden. Fue una extrapolación de tendencias inquietantes: inquietantes para la naturaleza y, por tanto, para la raza humana. En retrospectiva, ese fue el momento en que sembré las semillas de mi

desarrollo intelectual hacia la década de 1990, mi transformación de la “economía” a la “ecología”, del corto al largo plazo.

Si la Carta de la Tierra gira en torno al cambio de paradigma de economía a ecología, la introducción y aplicación del principio preventivo es una herramienta importante y prueba de esa transición. Si uno se pregunta sobre las ventajas y desventajas de incrementar sustancialmente la aplicación de una tecnología existente, o de la aplicación de una nueva, normalmente uno hace una evaluación del impacto ambiental y los riesgos relacionados con la naturaleza. Al hacerlo, se debe trabajar con un cálculo de los riesgos. A veces resulta muy claro que hay ciertos impactos ambientales que no son aceptables del todo; pero también algunas veces es claro que esos impactos no representan ningún problema.

No obstante, en muchos otros casos, resulta más complicado. Existe un riesgo y uno comienza a cuantificar el riesgo. El economista tiende a hacer un razonamiento de cálculo para ver si los beneficios ameritan el riesgo. Al hacerlo, el economista “descuenta” los beneficios y los riesgos, tomando en consideración el factor tiempo. Para un economista, el riesgo después de cientos de miles de años es casi nulo. Para un ecologista es diferente. Éste no “descuenta” los riesgos. Casi por el contrario, el futuro, nuestra responsabilidad frente a las generaciones futuras, es al menos tan importante como el presente. Además, el impacto negativo actual sobre el ambiente y la naturaleza debe balancearse contra la capacidad de las nuevas tecnologías para incrementar el consumo.

Como economista, el trabajo es producir algo porque se cuenta con poco capital, de manera que se incorpora el factor de eficiencia de capital. En la ecología, funciona a la inversa: no se busca el corto plazo sino el largo plazo. De modo tal que para sintetizar, la ecología es de corto plazo y la economía de largo plazo. Una vez más, los economistas tienden a priorizar el incremento en la economía, mientras que los ecologistas tienden a priorizar la protección del medio ambiente y la naturaleza.

Para fortalecer la dimensión ecológica en el cálculo de tales riesgos, se puede introducir el principio preventivo. Éste nos recomienda “Evitar dañar como el mejor método de protección ambiental y cuando el conocimiento sea limitado, proceder con precaución”

6. Evitar dañar como el mejor método de protección ambiental y cuando el conocimiento sea limitado, proceder con precaución.

(Principio 6). Además, nos hace un llamado a “Asegurar que la toma de decisiones contemple las consecuencias acumulativas, a largo término, indirectas, de larga distancia y globales de las actividades humanas” (Subprincipio 6.c).

Si existe duda con relación al impacto ecológico de algunos proyectos, el principio preventivo llama a cortar por lo sano, de abstenerse de ejecutar acciones o proyectos, o de nuevas tecnologías si no se está seguro. En el idioma holandés tenemos un proverbio que dice, “In geval van twijfel steek [de straat] niet over”, que significa: “Si no estás seguro, no cruces la calle”.

Cuando inicié labores como Ministro de Economía de los Países Bajos en 1973 y desarrollé una política de “crecimiento económico selectivo”, intenté solucionar el gran dilema intrínseco del crecimiento económico: ¿cómo hacerlo compatible con el medio ambiente?

Mucho tiempo después, el resultado de la Cumbre de Río se convirtió en la agenda para el siglo XXI. Sentó las bases para la Carta de la Tierra. Para mí, fue el inicio de una nueva etapa en mi forma de pensar, cuya semilla ya había sembrado en décadas anteriores; una transformación intelectual de economía a ecología, del corto plazo al largo plazo, de la confrontación inherente a la globalización y sus repercusiones, a la armonía de imaginar el planeta como un todo. Este proceso de reflexión se hizo más profundo unos años más tarde, cuando abandoné mi carrera política en 1994.

Comencé a pensar sobre una importante tendencia que surgió por ese tiempo: la globalización. Con sus múltiples facetas e interpretaciones, la globalización llegó a ser conocida como tal sólo después de la desaparición de la Unión Soviética en 1989. Durante el mismo período, la globalización fue motivo de una serie de cumbres globales: sobre la mujer (en Beijing), sobre población y salud reproductiva (en El Cairo), sobre desarrollo social (en Copenhague) y, por supuesto, la primera, la Cumbre de la Tierra en 1992 en Río de Janeiro. Todas estas cumbres ilustran el interés mundial por los temas globales y fueron la expresión misma de la globalización. No sólo los gobiernos se reunieron allí, sino también las organizaciones no gubernamentales (ONG). Y desde luego, todas estas cumbres dieron origen a compromisos globales, como si nos estuviésemos convirtiendo cada vez más en “un solo ser”.

Los primeros cinco años del nuevo milenio mostraron nuevamente una perspectiva variada, desde el punto de vista global. Por una parte, vimos la Declaración del Milenio, un compromiso enérgico de las Naciones Unidas a los Objetivos de Desarrollo del Milenio, y una exitosa Cumbre de Monterrey; por otra parte, el ataque del 11 de septiembre a la ciudad de Nueva York y una muy visible Al Qaeda. El mundo, y en especial, su país líder, los Estados Unidos, se obsesionó con la preocupación por la “seguridad”. Al elegir una estrategia ideológica clásica, como fue el ataque preventivo contra una nación vándala debido al riesgo de armas de destrucción masiva en manos del eje del mal, la administración Bush descalificó a las Naciones Unidas como guardián de la seguridad global. Al mismo tiempo, la

lucha del Islam contra la modernidad, especialmente en los países musulmanes, coincidió lamentablemente con dos dimensiones “globalizadoras”. Primero, existe la percepción de que la globalización y la americanización amenazan al Islam y a la forma de vida islámica. Y segundo, existe la percepción de que los Estados Unidos protegen el liderazgo corrupto del mundo islámico. Aunado a lo anterior, existe el constante desprestigio de las Naciones Unidas como productor y protagonista de justicia por la humillante falta de capacidad de actuar en el conflicto entre Israel y Palestina, entre judíos y palestinos. El mandato del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados a favor de las víctimas palestinas de la violencia y la persecución ha existido durante cincuenta y cinco años, y no cabe duda en las mentes y los corazones de los musulmanes de que esto es prueba de la continua injusticia y la doble moral.

En estos sentidos, la globalización y la antiglobalización o antiamericanismo, son la antítesis de todo lo que representa la Carta de la Tierra: la interconectividad de las personas y los pueblos, un futuro común, con desarrollo sostenible y en armonía. Por el contrario, la globalización, con su éxito y su repercusión, pareciera provocar lo opuesto: dividir a los pueblos.

Mientras tanto, la necesidad de una respuesta global es más urgente que nunca. La respuesta no está sólo a nivel de cumbres o de medidas concretas y negociaciones. Es algo más profundo. Para ilustrar lo anterior, me remonto a principios de la década de 1990. Después de doce años de ser Primer Ministro, tenía más tiempo para la reflexión. El concepto de inclusividad —que incluya a las personas, que incluya las dimensiones de la vida— adquirió mayor importancia para mí. Comencé a comprender la urgencia de un cambio en los paradigmas, planteado por las ONG en la Cumbre de Río.

Una importante influencia en esta transformación fue el familiarizarme con la forma en que las poblaciones indígenas ven la vida. Los indígenas lograron introducir en Río dos fundamentos que trascienden las buenas políticas ambientales y la reducción y control de emisiones. El concepto de prevenir el daño, de pensar en las futuras generaciones, es uno de los fundamentos. El segundo fundamento que encontré asidero en Río fue el posicionamiento de la forma “indígena” de interactuar con la naturaleza: una relación de “temor reverente”. Mientras la Era de las Luces provocó una explotación y saqueo de la Tierra, los indígenas, con el más bajo nivel económico, tenían conceptos totalmente diferentes. Ellos festejan la naturaleza. Tienen un concepto diferente del tiempo. Piensan en la armonía, en la Madre Tierra, en el respeto y la equidad.

Estos fundamentos, junto con muchos otros discernimientos, han sido incorporados a la Carta de la Tierra. Para manejar los grandes desafíos y responsabilidades que tenemos hacia la Tierra y contrarrestar las tendencias negativas de la globalización, podemos hacer uso pleno de la Carta de la Tierra. La sociedad civil del mundo en globalización, “nosotros, el pueblo” necesitamos una constitución, un documento que describa los valores que deben ser respetados y a los que se debe aspirar. La Carta de la Tierra nos proporciona una constitución holística, amplia e incluyente. ●